

# A través del espejo Invierno

Hugo Hiriart

La primera salida literaria que hice en mi vida fue a un festival de literatura en Canadá, el Harborfront Festival en Toronto. Era otoño, había manejado desde Nueva York en un coche que nos prestó, a Guita y a mí, Sara su hermana, además de este favor, Sara había traducido al inglés mi “Disertación sobre las telarañas”, que le pedí a un poeta y actor australiano que leyera en mi nombre en el festival y que hizo, muy bien, y he de decirlo, con singular éxito.

Pues ahí estaba yo con un whisky en la mano, todavía bebía en aquellos ya lejanos días, en una terraza que miraba al lago conversando con un escritor peruano que ahí vivía, en Toronto.

—Esto es el paraíso mismo —le dije al peruano señalando el lago, el paisaje apacible y grandioso a la vez, con los bosques ya dorados que miraban el azul purísimo del lago.

—No —me respondió señalando vagamente hacia el lago—, no ves que ahí viene —y había algo como espanto en su cara.

—¿Qué viene? —interrogué intentando mirar hacia donde señalaba.

—Mira, ahí viene ya el invierno...

Y lo dijo como si fuera a llegar el mismísimo “Azote de Dios”. Y yo, ciertamente, no sabía. Ahora que estoy aquí en Harvard me he podido dar cuenta, mejor aún que cuando estaba en Albany o en Nueva York (Boston está al norte de Nueva York y hace aquí mucho más frío que allá). Y bueno, el frío no es terrible ni mucho menos, el frío se resiste fácilmente siempre que se tengan ropa e infraestructura de calefacción adecuadas y a la mano, sin eso, el frío debe ser una pesadillesca atrocidad.

Y para entenderlo mejor, una vez que llegué aquí, entre los montones de nieve

por donde se camina, porque la nieve, a diferencia de la lluvia, llega y ya no se va, hace tanto frío que no se descongela y ahí se queda, envejeciendo, cada día más sucia y lamentable, elegí, para leer en tanto daban comienzo las clases, el libro que el conde Philippe-Paul de Ségur, *marechal de logis*, es decir encargado de los alojamientos del emperador, dejó escrito sobre la terrible Campaña de Rusia donde el grande e invencible ejército napoleónico se rompió el espinazo y ya no pudo bien a bien levantarse más.

Lo primero que hay que decir es que no fue el frío el que derrotó al Emperador, aunque claro, colaboró con entusiasmo en la tarea, sino que fue la distancia, el tamaño desorbitado del país y la astucia, más que de Kutusov, como asegura Tolstoi, de Barclay, Michel Barclay de Tolly, el

mariscal de campo de origen escocés, a quien el viejo Tolstoi llama alemán, que inventó la estrategia de permitir que Napoleón se hundiera en Rusia para luego cortar sus líneas de abastecimiento y dejarlo morir de hambre y sí, también de frío en la vastedad de Rusia.

Y quizá la verdad hay que buscarla en el ánimo del invencible Emperador, Napoleón mismo, que había dicho de improviso al consumarse la victoria de Austerlitz, sabrá Dios qué habrá advertido, cuenta Ségur, “se necesita ser joven para la guerra. Unos seis años más y voy a tener que parar”. Y en efecto, en la gran batalla de Borodino, Napoleón, que estaba enfermo, errático, deprimido, no mostró ya la impetuosa inventiva que siempre lo había caracterizado y dejó la batalla indecisa.

Tal vez su plazo había vencido y



Gabriele Münter, *Village Street in Winter*, 1911